



DIRECTORA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

NÚM. 26

Salamanca 15 de Febrero de 1903

AÑO ICI

DOS GRANDEZAS



UANDO estudiamos nuestro pasado, causa verdadero asombro el contemplar, en lo más alto, el genio de dos admirables mujeres: Isabel la Católica y Teresa de Jesús.

Su obra es maravillosa, su valor heroico, su constancia inquebrantable, su inteligencia portentosa. Y toda aquella grandeza, y toda aquella penetración y actividad sorprendentes, vivían siempre, por rarísimo prodigio, dentro del gracioso marco de su sexo, marco de abnegación, de habilidad, de delicadeza y de encanto.

Tienen aquellos dos astros del cielo de nuestra gloria fulguraciones análogas, luces vivísimas que deslumbran, cualidades que delatan semejanzas en el grandioso fondo de sus caracteres.

En aquellos combates que los partidarios de la Beltraneja movieron en la frontera, Isabel, casi una niña, mostró tan singular arrojo, que admiró á los capitanes más expertos.

Y Teresa de Jesús era también de esforzado corazón. De ella dijo Fr. Juan Salinas al P. M. Báñez, cuando éste le preguntó qué le había parecido: "Me habíais engañado, diciéndome que era mujer: á fe que es varón, y de los más barbados."

Isabel recogió España destrozada y muerta, de manos de su débil hermano Enrique IV, y supo elevarla al primer puesto entre los Estados de Occidente.

Teresa de Jesús recoge también sus pobres monasterios desordenados y deshechos, y sólo con sus esfuerzos y su inteligencia prodigiosa, funda y renueva diez y siete, dándoles fecunda vida de perfección y de pureza.

Isabel I escribe cartas á los caballeros que peleaban en la Vega de Granada, llenas de llaneza, precisión y encanto, y Teresa de Jesús pasma por la gracia, la pureza y la facilidad de estilo que pone en las suyas, iluminando, como dijo Fr. Luis de León, las cosas obscuras y encendiendo con sus palabras fuego en el corazón del que las lee.

El deseo más vehemente de la Reina era ensanchar la ilustración y elevar el nivel intelectual de sus hijas y de las doncellas de cuya educación cuidaba, y el de Teresa de Jesús fué también el mismo, afanándose en que sus monjas tuvieran confesores doctos, pues como decía en el *Camino de perfección*: "Son gran cosa letras para dar en todo luz."

El P. Yepes, hablando de los arrobamientos de la Santa Madre, dice que quedaba en ellos como ligada de pies y manos, unas veces con la lamparilla en la mano, otras con la sartén, otras con la pluma escribiendo, y muchas con el huso hilando. De modo que Teresa de Jesús alternaba, con los oficios más humildes de su sexo, la meditación y la escritura de sus incomparables libros.

También la Reina Isabel I cosía y repasaba las ropas de su esposo y se dedicaba á cualquiera otra tarea femenil, sin dejar por eso de pensar y de resolver en otras horas los negocios más árduos del Gobierno.

La inmortal Reina era una conjunción maravillosa de virtudes domésticas, de inteligencia, de delicadeza, de humildad, de arrojo varonil, de fe y de mirada práctica y firme; y todo eso era también Teresa de Jesús, conjunto de cualidades

notabilísimas, aún más realzadas por el auxilio de la gracia divina.

Aquella obra portentosa de Isabel I parece un sueño, una empresa quimérica, que toma cuerpo y realidad prodigiosa, al calor de sus pensamientos y esfuerzos. La unidad nacional realizada, á pesar de tantas comarcas, separadas por su historia, idioma y costumbres; la creación de una monarquía fuerte, antes que existiera, rigurosamente hablando, la nación misma, constituye una conquista, por lo difícil y formidable, que raya en lo maravilloso, haciendo de aquel período uno de los más interesantes de la historia universal.

Y como si las grandezas que la Reina inmortal supo conquistar para su patria no fueran bastantes, delante de Granada encarga á Colón la empresa de atravesar el Océano, en dirección al Oeste, engarzando en la corona de España un Nuevo Mundo.

También Teresa de Jesús, sin navíos ni navegantes, lo descubre, subiendo lentamente por la escala de oro de la oración, hasta llegar á aquellas esplendorosas, inmensas y hermosísimas *Moradas*, en lo más recóndito y callado del alma, que va ensanchando el Señor, al decir de la Santa Virgen, conforme á lo que entiende es menester para lo que pone en ella.

Esas dos mujeres son las dos alas del espíritu español, las dos almas más luminosas de nuestra raza, las que la engrandecieron y sublimaron, las que nunca morirán en el recuerdo de la posteridad.

Pero ¿cuál era el secreto de aquellas dos grandezas? ¿En qué punto se juntaban y confundían aquellas dos portentosas inteligencias, y de qué centro manaba la luz, la fortaleza, la prudencia y el acierto?

La Santa, al cerrar con broche de diamante su hermoso *Camino de perfección*, nos lo revela. Es que ambas creían "que todo el bien que hablaban, pensaban y hacían, les venía de Dios", de aquella fuente, como se lee en las *Moradas*, "adonde está plantado el árbol de nuestras almas, y de aquel sol que da calor á nuestras obras".

A. GARCÍA MACEIRA.

Don Pedro Gongora y de Mendoza por la gracia de Dios y de las Indias aplica
 obispo de Salazar y de su Magestad. Por la cual se dan por licencias
 y facultad a la madre Berzosa de Bespu monja profesada de la orden
 de señora de Montecarmelo, para que pueda edificar y fundar
 en la villa de Alva de Tormes de este reino obispado un monasterio de
 monjas de la dicha orden conforme a su regla e estatutos, paguando
 entendidos que por ello se hará su servicio y que resultará
 en mucho bien y provechamiento de los vecinos de la dicha villa,
 especialmente que como se informó que Juan Velazquez contador
 de la Magestad de Alva por su particular devoción y movido
 de celo de caridad quiere dotar el dicho monasterio de sus
 propios bienes y hacienda. Dada en el lugar de Aldeanueva a
 XX dias del mes de Diciembre de año de MDLXX años.



En su virtud se mandó
 al Obispo de Salazar
 que se cumpla lo contenido
 en esta cédula.

Por Mandado de su Magestad
 Gaspar de Velasco



LA PRIMERA PÁGINA DE LA ESCRITURA DE LA FUNDACIÓN
DEL CONVENTO DE CARMELITAS DE ALBA

Don Pero Gonçalez de Mendoça, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, obispo de Salamanca, del Consejo de su Magestad. Por la presente damos licencia y facultad á la Madre Theresa de Jesús, monja professa de la orden de nuestra Señora de Montecarmelo, para que pueda edificar y fundar en la villa de Alva de Tormes de este nuestro obispado un monesterio de monjas de la dicha orden, conforme á su regla é Instituto, por quanto entendemos que por ello será nuestro Señor muy servido y que resultará en mucho bien y aprovechamiento de los vezinos de la dicha villa, especialmente que somos informados que Francisco Velazquez, contador de la Ilustrísima Señora duquesa de Alva, por su particular devoción y movido con zelo de charidad, quiere dotar el dicho monesterio de sus propios bienes y hazienda.

Dada en el lugar de Aldearruuia á XX dias del mes de Diciembre de MDLXX años.

Petrus, episcopus Salmantinus.



TERESA DE LAÍZ

Y

EL CARMELO DE ALBA



ORDILLOS es un pueblo agrícola de Salamanca, asentado á orillas del Margañán, uno de los tres afluentes del Tormes llamados los Pardos, por desembocar juntos en el río en el término de una alquería de este nombre.

Circúndale al Este una cadena de pendientes escalonadas y laborables que bordean el río festoneado á su vez de huertas y alamedas, al Sur una gran llanada de fértil viñedo, que llaman *la Marrá* y confunde sus últimas manchas verdes con la silueta de las primeras encinas del monte. Los otros dos lados están monótonamente limitados por áridas besanas rojizas á trechos y á trechos grises que constituyen la mejor hoja labrantía del coto y por eso es designada entre los labradores con el gráfico nombre de hoja quita-trampas

Los edificios del pueblo son de barro, salvo algún ladrillo, símbolo allí de relativa aristocracia. De barro es también su historia; quiero decir plebeya y ordinaria, sin trazo relevante que merezca la pena de la consignación. Por humilde, lo escogieron para su mansión los padres de Teresa Laíz, "muy hijos de algo y de limpia sangre," en testimonio de Teresa de Jesús, aunque esta hidalguía y limpieza de sangre no dejara de tener sus lunares expresados á renglón seguido por la misma ilustre panegirista de sus blasones.

¿Por qué se habían retirado allí los hidalgos de Laíz, y no moraban más bien en Salamanca, al cobijo de su universal

nombradía, ó al menos en Alba, á la sombra del palacio señorial de los grandes Duques?

Su nobleza menoscabada no les permitía el rumbo suntuoso que otros de su alcurnia ostentaban; la renta era menor que la nobleza. Y como por otra parte su vanidad no se avenía á representar papeles secundarios en las poblaciones de mayor categoría, optaban por retirarse á las aldeas llanas y seguir allí deslumbrando con oropeles los ojos fácilmente fascinables de los sencillos campesinos

“Es harta lástima—exclama á esta sazón Santa Teresa—que por estar las cosas del mundo puestas en tanta vanidad, quieren más pasar la soledad que hay en estos lugares pequeños de doctrina y otras muchas cosas que son medios para dar luz á las almas, que caer un punto de los puntos que esto que ellos llaman honra tray consigo.”

La ventura estaba muy lejos de acariciarles en su retiro. Cuatro hijas habían tenido ya en su matrimonio, y la desazón iba en aumento gradual, cuando el quinto fruto de su fecundidad vino á poner el colmo á su desabrida existencia. ¡Era también hembra!

La educación tradicional que en España se viene rutinariamente dando á las mujeres, es causa de que cada hija se considere como una gotera de la casa y se tome á gran desdicha la abundancia de hembras en un mismo hogar. La inmensa mayoría de ellas no compensan lo excesivo de sus dispendios con lo insignificante de sus oficios, y es un problema pavoroso para los padres ver de sostener esos *juguetes que comen* y colocarlos después en situación decorosa para su nombre y tranquilizadora para sus desvelos. Si esa educación cambiara en orden á capacitar á las mujeres para bastarse á sí mismas en la lucha cada vez más enconada por la existencia, desaparecerían á la par la zozobra razonable de los padres y la descalificación injusta de la mujer en la sociedad. Algo se va haciendo; mucho camino queda aún por andar.

El disgusto de los padres de Teresa de Laíz no abona la crueldad increíble de abandonar á la niña recién nacida y exponerla al azar de la muerte, como la Santa Reformadora nos refiere. La execrable ética de China nunca debió llegar á los umbrales de una casa “hidalgá y limpia de sangre.” Dios, que, ya desde la infancia de la niña, quería demostrar sus designios providenciales sobre ella, permitió, que, al preguntarla

una mujer extrañada de su desamparo: ¿Cómo, mi hija, vos no soís cristiana? la criatura alza la cabeza y respondiese en clara voz: ¡Sí soy! Este detalle portentoso cambió radicalmente la conducta de sus padres, quienes previendo en ella algo sobrenatural, desde entonces la mimaron, regalaron y educaron en toda honestidad.

Desposada luego con el honrado caballero Francisco Velázquez y entristecida por su esterilidad, Dios la inspiró el santo pensamiento de consagrar sus bienes á una institución que perpetuara su deseo perenne de alabar después de su muerte á Su Divina Majestad. Y vino la plegaria á San Andrés, la aparición del santo invocado, el concierto nupcial de los dos sobrinos, la muerte del varón destinado á la herencia, las dificultades originadas en la fundación, todo lo que con ingenuidad encantadora cuenta Teresa de Jesús, hasta que la severa reprensión del P. Báñez determinó á cumplir el voto de Teresa de Laíz sin miramiento á que las rentas fueran escasas para el desahogo económico de la Comunidad.

¡Quién dijera á la Santa Reformadora, que allí, en aquella ruín casa de la villa de Alba de Tormes, había de establecerse una familia carmelitana de las más florecientes y gloriosas para su Orden! ¡Quién le dijera que allí vendría á dar la última bendición á sus hijas, á aspirar el primer aroma del cielo, á volar en palmas de ángeles á la Morada de aquel Celestial Esposo por cuyo amor había estado durante su vida "muriendo por no morir!"

¡Quién le dijera que el hogar de Teresa de Laíz, desdeñado quizá por los que conocieron el menoscabo de su altiva prosapia, iba á ser el relicario piadoso de Teresa de Jesús, el centro de las miradas de todós los amantes de lo humano engrandecido por lo divino, el imán de las almas enamoradas de la verdad fulgurante en la belleza de la bondad!

Teresa de Jesús puede estar humanamente orgullosa de la fundación de Alba...

Y nos atrevemos á augurar que su legítimo orgullo adquirirá nuevas creces, cuando, al lado del antiguo solar, vea eruirse grande, bella, augusta, la Basílica suntuosa que otra persona grande, buena y augusta también, ha resuelto edificar para gloria perpétua de la gran Santa del Amor.

ANDRÉS ALONSO POLO.



Á SU ALTEZA REAL LA INFANTA DOÑA PAZ ⁽¹⁾

SERENÍSIMA SEÑORA:

Llega el día de su santo
y quiero que en un romance
por ser el metro más clásico
reciba entre sus renglones
el amor que la consagro.

No importa que en otra tierra
mire pasarse los años,
porque esta de *Pan y toros*,
de *Clarisos y Polacos*,
de *Verbenas y Rosarios*,
la guarda tan en el alma
(que es en donde yo la guardo),
que no puede separarse
del altar en que la amamos,
aunque la ausencia y el tiempo
sueñen con echarla á abajo.

Aún me parece mirarla
con el cabello trenzado,
con el vestido modesto
y la sonrisa en los labios,
junto aquella ilustre dama
de abolengo tan preclaro
que Bazanes y Malpicas
enalteció con llamárselo;
aun al pie de los altares
la veo entregar la mano
al caballeroso Príncipe

que honra el numen de Esculapio,
y luego partir de España,
un hogar nuevo formando,
sin que brumas de Baviera
nublen el sol castellano.

Hoy aquella Infanta niña,
gloria de propios y extraños,
es Vuestra Alteza que tiene
para dormirlo en sus brazos,
un nieto, del padre augusto
indiscutible retrato.

Hoy tiene en el mundo entero
larga cosecha de lauros
y la bendición de todos
y de todos los aplausos.

Para que rían los ángeles
un ángel tiene á su lado,
que al Pilar de Zaragoza,
que es pilar del suelo patrio,
rinde su nombre y su espíritu
y su orgullo y su entusiasmo.

Un pedazo de su alma
sirve al ejército bávaro
y otro al español ejército
con la cruz de Santiago,
para que así de su alma
tenga España otro pedazo.

(1) Honramos las páginas de LA BASÍLICA con el sentido romance que nuestro ilustre amigo y laureado vate José M.^a de Ortega Morejón dedicó á nuestra augusta Directora en el día de su Santo.

Van con un paso inflexible
pasando y viniendo años,
y ya las canas apuntan
en su frente de alabastro;
mas, ¿qué importa? Todavía
no llega el invierno helado
á cubrir de nieve el fuego
y de tristeza los campos,
y no llegará, Señora,
pues el corazón cristiano,
donde un volcán de virtudes
arde en divino holocausto,
es tan joven y es tan bueno
como en sus primeros años,
y aun duda que haya traición
y no entiende los agravios,
y perdona las injurias,
y hace bien á los ingratos.

Aun con fuego prodigioso
ahonda tierras, labra mármol
implora de puerta en puerta

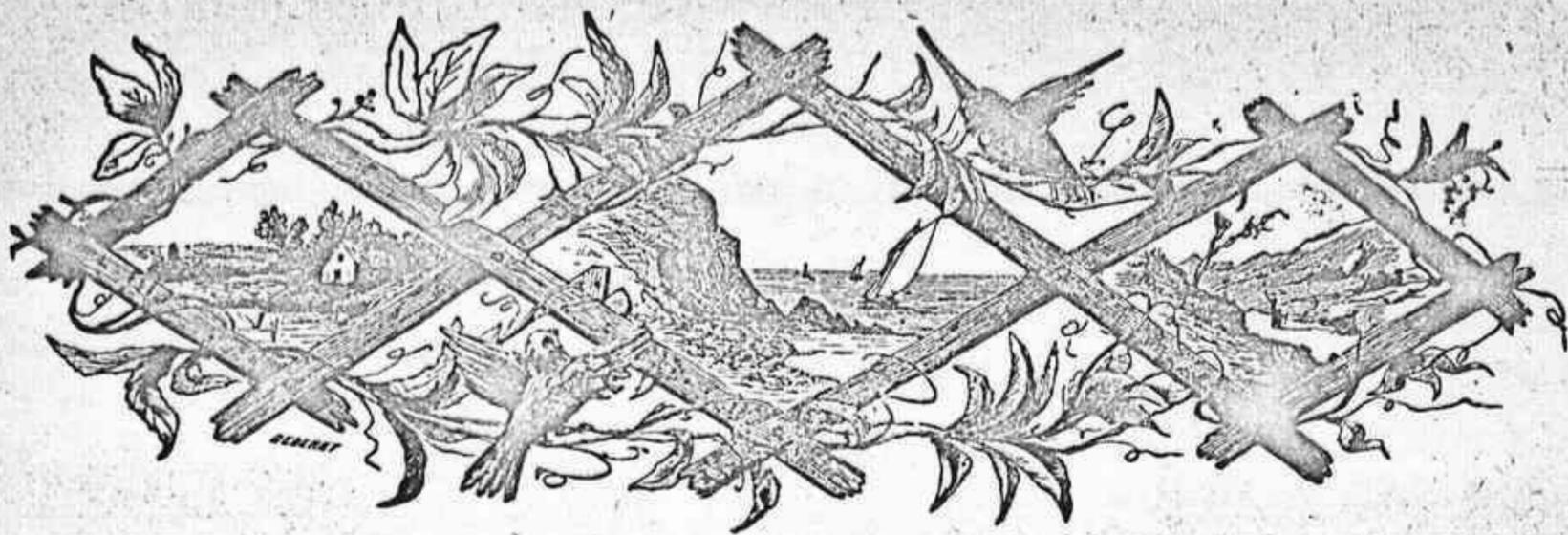
y lucha y sufre añhelando
que la *fémima andariega*
de España y del orbe pasmo,
tenga á la orilla del Tormes
el templo que soñó un santo.

¡Y lo tendrá! Dios lo inspira
y El bendice su trabajo,
y ya que os dió una Teresa,
cuyos ojos dicen tanto,
os dará también, Señora,
el triunfo de terminarlo.

¡Sed más feliz, si es posible,
en este valle de llanto,
que la *Paz* de vuestro nombre
tienda en vuestro hogar su mano;
y que al pensar en el pueblo
que os ama y admira tanto,
penséis en este poeta,
que en romance humilde y llano
quisiera encerrar el alma
para cantar vuestro Santo!

José M.^a DE ORTEGA MOREJÓN.





FILOSOFÍA TERESIANA



PARA llevar con honra el nombre de filósofo, es urgente, de necesidad, mostrarse amante de la sabiduría.

Por lo que importa el nombre *Filosofía*, sabemos bien que cuadra á Santa Teresa de Jesús; pues de tal manera se formó su espíritu, que fué siempre para el amor y para la idea, para el corazón y para la inteligencia, alcanzando para sus escritos tan alta estimación, que la historia y la humanidad los apadrinaron en su nacimiento, como hijos esclarecidos del más espontáneo y personal ingenio.

Por eso, dejando el nombre y la significación, vamos en busca de otro razonamiento, que nos alumbrará con la misma claridad que el primero, hasta ponernos en la evidente afirmación de un espíritu cariñosamente prendado con la sabiduría.

Si acaso me preguntaren cuál será el pensamiento que traiga tales claridades, tales evidencias, diré que es el de sus relaciones; y mejor todavía, el ansia en ella vehemente de tratar con maestros en ciencia y santidad.

Porque, si ella no podía vivir ni gozarse sino en la virtud y con los virtuosos, bien claro está, siendo la virtud el más puro de los amores, que *amaba* en extremo aquel corazón; y si procuraba con diligencia, para la formación de su espíritu, el trato de los más ilustres y aventajados maestros del siglo, sería locura dudar de su cariño por el saber.

Cuando amanece el día, y mucho más apareciendo el sol sobre los riscos de las montañas, en la enramada las aves, en

la pradera las flores, es de ver cómo se animan, gozándose en aquel raudal de claridades que caen sobre la tierra.

Así Teresa de Jesús se regocijaba en la aparición y trato del genio, que sobre los montes de la humanidad aparecía radiante, iluminando con las refulgencias de su pensamiento los valles tenebrosos de la ignorancia.

No sé cómo retratar la Universidad de Salamanca, para que en algo se parezca á la que enseñaba al mundo en los días de Santa Teresa de Jesús: porque, si no imposible, juzgo muy difícil trazar en períodos una figura, en la que todo es discreción, hermosura y gentileza.

Puedo decir, que era lumbrera sobre las montañas del saber humano, de la cual llegaban á todas las regiones llamadas y reflejos; sol en el cielo de la ciencia, cuyos resplandores ponían fuego en todas las inteligencias; pero todo el mundo juzgará estas comparaciones incapaces á revelar la grandeza portentosa de sus maestros.

Si añado que fué admiración de propios y extraños, dije algo más, porque la admiración es indiscutiblemente de la grandeza: si pongo que fué asombro de los siglos, avancé más todavía, porque los siglos me traen al pensamiento un número incontable de generaciones, las cuales miro embaídas, como sobrecogidas, extasiadas ante la grandeza de nuestra Universidad: si afirmo que fué pasmo de los mundos, aún no sé si dí con el pensamiento, que en síntesis admirable revele la grandeza de tanta grandeza.

Me parece que podría parodiarse aquella frase magnífica escrita para Alejandro: *terra tremuit et quievit*; paró y se estremeció la tierra.

No haya duda; fueron admirables los testimonios de su sabiduría; admirable su nombre en toda la redondez de la tierra; coronada de gloria y de honor; hasta los cielos su magnificencia.

Siendo así, ¿cómo había de componer la Arquitectura otro escudo para la Universidad salmantina, sino aquel donde estuviera en menos figuras encerrada, simbolizada más grandeza? ¿Cómo no sería la cátedra emblema de su sabiduría, los oyentes de su nombre, los castillos de su gloria, el león de su magnificencia, la tiara de su lealtad y cristianismo?

En un tan pequeño círculo, como es el escudo de sus armas, encerró el pensamiento del artista todas las grandezas;

la grandeza de la fe, en la tiara del pontificado; la grandeza de los mundos, en la figura del león; la grandeza de la gloria, en la esbeltez del castillo; la grandeza de la elocuencia, en el concurso de los oyentes; la grandeza de la sabiduría, en la sublimidad de la cátedra. Y para que todo fuera perfecto allí, donde todo era grandioso, vino la pluma del genio y escribió: *Salmantica docet*.

No sé si preguntará alguno el por qué de tantas alabanzas: cómo es, que hacemos de la Universidad de Salamanca algo así como la diosa del saber, la Minerva europea en el templo anchuroso de la humanidad?

Persuadido estoy, á que el temor á la respuesta sellará los labios de los que pregunten, según va claro el principio con el fin y la razón con la historia. Pues en la Universidad de Salamanca, en sus inclitos Maestros, encontramos aquel pensamiento, aquel rayo de luz, aquella claridad que nos alumbra para llegar y descubrir el espíritu de Santa Teresa de Jesús, si era ó no amante de la sabiduría. Porque, aunque sean de tal manera los destellos del genio, que hieren con la viveza de su luz todas las inteligencias, pero especialmente se complacen en herir, en llegar, en ser recibidos de aquellos otros ingenios, donde se descubre la nota de semejanza. Al león solamente entiende, hace cara y lo vence otro león, pero no las otras fieras.

Así el ingenio de nuestra Santa, empujado del amor, arrastrado del saber, sin poderlo remediar, ve levantarse en su espíritu todos los deseos, todas las ansias, todos los fervores, todos los empujes que puso la naturaleza en el cuerpo y en el alma cuando la quiso para el genio, para prenda de la subida concepto de la sabiduría.

Así experimentó necesariamente la lucha terrible del genio con la ignorancia, aquel no poder vivir donde eran tan raquíticas las inteligencias, aquella necesidad de buscar, de relacionarse con el sabio, con el Maestro, hasta conseguir una especie de convivencia, de fusión de espíritus, que solamente los sabios y los Maestros saben sentir, apreciar y definir.

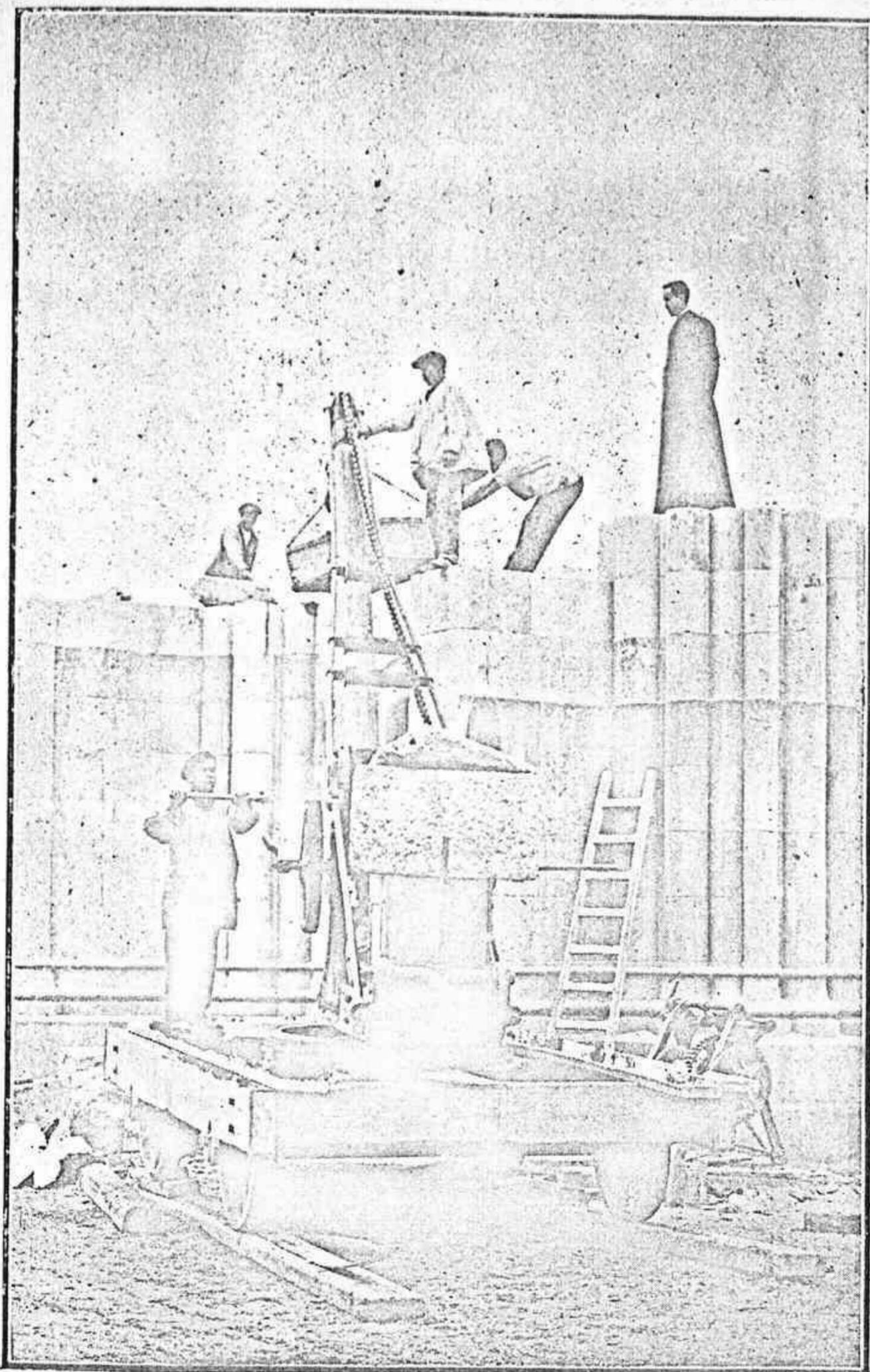
Verdaderamente, los sabios de Salamanca lo llenaban todo, y sus nombres corrían cargados de laureles por todas las ciudades, al mismo tiempo que el nombre y escritos de Santa Teresa hacían eco en todos los hombres de saber; así no podía menos de suceder, que se encontraran y se abrazaran este

renombre, esta sabiduría de los Maestros de Salamanca y de la monja reformadora; y fué gloria para la Santa tratar íntimamente con muchos sabios de Salamanca, pues de tal manera encarecieron sus virtudes y talentos, que no sería fácil decirlo en pocas ni en muchas palabras; y fué también dicha para la Universidad, pues sin contar otras muchas cosas, que dicen las historias y la tradición, la misma Santa refiere, que jamás pidió á Dios cosas de la tierra, sino fué que colocaran al celebérrimo Báñez en una de las cátedras vacantes entonces en la Universidad.

¿Era amante de la sabiduría?

TOMÁS VICENTE DEL ARCO.





Los trabajos en las obras de la Basílica.—Colocando materiales.



SANTA TERESA

(ESTUDIO DEL ALMA)

I

No voy á escribir la vida de la Doctora mística; en las manos de todos los buenos teresianos anda la que Santa Teresa misma comenzó á escribir y una de sus hijas en el espíritu supo acabar en páginas inmortales. Más que hacer un estudio histórico de la ilustre contemplativa, es mi propósito revelar las maravillas de su alma.

No busques, por lo tanto, amado lector, en este artículo, ni en los que con la ayuda del cielo han de seguirle, el relato de los hechos portentosos, que á su paso por las regiones de la tierra realizó Teresa de Jesús; busca más bien, y puede ser que algo encuentres, tesoros del espíritu, anhelos sublimes del corazón, sacudidas inefables del amor divino.

Presiento, y mejor sería decir que lo sé, porque la experiencia me lo ha enseñado, que este género de literatura es muy del agrado de mis lectores. El espíritu de nuestra raza propende y se inclina espontánea y fácilmente, por natural simpatía, á los estudios psicológicos; lo que se ve y se palpa y entra por los ojos de la cara ó tocamos con las manos, nos interesa y cautiva mucho menos que lo que se entreve y adivina. Más de una vez esta cualidad de nuestra raza me ha hecho pensar que muy presente debió tener el inspirado Goethe á los latinos cuando estableció aquella distinción tan real y exacta entre las dos clases de espíritus con que el poeta del

Fausto había topado en el mundo—una en la que entran aquellos que, al ver caer las hojas de los árboles en los días melancólicos del otoño, no se les ocurre otra cosa que decir con los labios: “Ya está encima el invierno.”—En la segunda categoría están comprendidos los poetas y videntes, que al sentir el crujido de la hojarasca, que deshacen sus pies.... inclinan su frente y entran dentro de sí mismos para meditar y soñar y lanzarse en alas de su imaginativa por mundos desconocidos para la plebe irreflexiva é ignara.

Á la segunda categoría, la de espíritus soñadores y reflexivos pertenecen, sin duda alguna, los que me leen, y por bien seguro tengo que han de encontrar deleite sabrosísimo en explorar conmigo el campo fecundo de las ideas, de los sentimientos, de las virtudes y misticismo de Teresa de Jesús.

*
* *

¿Qué espectáculo más esplendoroso y atrayente, qué campo de observación psicológica más dilatado y vasto pudiera encontrarse que el alma de la contemplativa Teresa, mujer engalanada con todas las filigranas de la inteligencia y con todas las santidades de la virtud? Ciertamente que es para coger miedo el contemplarla moradora de un mundo de luz inaccesible y que cabe temer el desvanecimiento y la turbación en la mirada prolongada, constante y sin interrupciones que es preciso fijar en ella; pero sirva de aliento la esperanza de que la misma Teresa ha de ser nuestro guía en las escondidas sendas de las excelsitudes de su espíritu.

Acontece también que su misticismo, como el de todos los Santos, se presenta á mi inteligencia como un crepúsculo, precursor de verdades, que aún no han aparecido en el horizonte de la vida; algo así como auroras misteriosas, intermediarias entre la luz divina y las sombras de acá abajo, y cuyos ígneos fulgores sólo es dado entrever á las almas castas y puras, á los ojos acostumbrados á posar su vista en las alturas luminosas. El análisis de un tal sér, tan extraordinario y etéreo es, á no dudarlo, escabroso y difícil. El cielo, morada habitual de sus aspiraciones y anhelos, es para los hombres un bien sumamente apetecible, patria de las almas justas, pero que por desgracia no á todos arrebatada y atrae con la fuerza de irresistible atracción, que ejerce en los corazones santos.

En suma, que Teresa de Jesús, paladeando el acíbar de todas las adversidades y amarguras, que para los espíritus de los arranques del suyo reservan el mundo y los hombres, luchando y venciendo, siempre serena y varonil, con la sonrisa en los labios y el amor en el corazón, avanzó á paso de gigante por los caminos de la perfección y con vuelo de águila logró remontarse á elevadas, esplendorosas regiones de misticismo y santidad á que no llegaron los Santos más ilustres y preclaros. Pero Teresa tiene el dón de arrastrar en su camino y la fatiga de la penosa ascensión se trueca en agradable deseo con el placer de seguirla. Es cuestión únicamente de saber orientarse.

*
* *

Cada Santo, es para mí un mundo aparte, en el que veo una economía y una providencia de Dios, que en *él* se manifiesta de manera singularísima. Comprender á un Santo en todas las manifestaciones de su espíritu, en toda su verdad, es conocer la naturaleza de sus virtudes, su significación religiosa y social, su temperamento, su carácter, ó lo que es lo mismo, su época, su nación, el ambiente en que respiró y obró durante su vida en la tierra; es este el procedimiento más adecuado para que se nos revele clara y distinta la importancia de su personalidad, la fecundidad de sus virtudes, la oportunidad de su acción, la razón de sus luchas, de sus sacrificios, de su martirio (1).

En este terreno y no en otro ha de estar el centro de observación, si queremos que la meditación y el estudio resulten prácticos y provechosos. Fuera de ese centro, el trabajo será estéril é infecundo y no lograremos penetrar en el espíritu de la economía divina, ni en la unidad de la vida, que se analiza, ni aun siquiera en la filosofía de los hechos históricos.

*
* *

Más de lo que pensé se han ido extendiendo y agrandando estas observaciones preliminares, y á decir verdad, no me pesa, que es cuerdo y prudente aquietar y disponer los espíritus antes de entrar en el estudio de la más elevada de las contemplativas, como loable y puesto en razón sería proce-

(1) *Pati et agere fortia* fué siempre la gloriosa divisa de los héroes.

der de observaciones adecuadas un estudio sobre astronomía.

Bien que el cielo de Teresa de Jesús, al contrario de lo que sucede con el cielo que estudia la ciencia astronómica de los hombres, es á todos asequible y se revela hasta los menos versados en guarismos y leyes, á los sencillos, á los pequeños, á los de corazón recto. Cuando se piensa que una humilde, olvidada doncella, de una instrucción cristiana, elemental y corriente supo elevarse hasta la cúspide de la teología trascendental, ocurre decir, pasado el primer momento de sorpresa, que hay una ciencia, la ciencia de Dios que el corazón del hombre siente y aprende como por instinto (1).

El hombre, dijo Platón, es un animal religioso. Y en efecto, en el alma lleva el sér racional el instinto de lo sublime; aunque á veces no acierte á definirlo. Ese espíritu de lo sublime, escondido en los pliegues más sensibles de sér humano, empezó á desarrollarse en el corazón de Teresa con la gracia del Bautismo y se fué agrandando y perfeccionando en el ambiente de piedad y vigilancia de su cristiano hogar, hasta sentirse atraída por la belleza de la virtud; bien que á ello contribuyó también de manera poderosa un dón señaladísimo, que se manifestó en Teresa desde muy niña; el dón precioso de seguir siempre las luces de su razón.

Esa fué la nota más saliente de su carácter; léase su vida y se verá que nunca obró por impresiones sensibles. Era una mujer, muy mujer, y, sin embargo, el deber para ella fué siempre una serie no interrumpida de actos voluntarios (2).

Se percibe así mismo en la santidad de Teresa, consecuencia del temple de su espíritu, un orden progresivo admirable. Lucha primero consigo misma y una vez que hubo librado la *gran batalla* en las arenas de su corazón, vencedora y señora de la materia, de los apetitos, de toda su persona, emprende decidida la reforma de los demás. Táctica loable y provechosa, que más difícil es vencerse así mismo que vencer al mundo y el que es Señor de su corazón bien puede hacerse consagrar rey de otras almas.

SANVERT.

(1) "Il y a dans la forêt de Saint-Germain tel bûcheron qui a sur Dieu de idées aussi justes et des sentiments aussi touchants que ceux de Bossuet an de Malebranche."—*Lacordaire*.

(2) La definición del cerebro femenino formulada por Lagrange. "La femme est une éponge a préjugés," no era ciertamente aplicable á Teresa.



EL SANTO DESIERTO CARMELITA DE SAN JOSÉ DEL MONTE

EN EL VALLE DE LAS BATUECAS

DESCRIPCIÓN, HISTORIA, LEYENDAS Y TRADICIONES

(Continuación)



Al salir de la Hospedería llamaban la atención unos versos en la pared al pie de la puerta. Era una quarteta escrita por algún viajero de mejor humor que estro poético, y que los bondadosos frailes, celebrando tal vez la gracia y alegre carácter del autor, habían conservado en lugar de borrarla.

Héla aquí:

Salud, ¡oh cenobita! en el Desierto
Ampara á aquel viajero, hospitalario
Que por venirse á ver, rendido y yerto,
Ha sufriendo las penas del Calvario.

Sin duda, si su autor expresó la verdad en ellos, debió de visitar el valle en otoño ó invierno, en que ya están nevadas las montañas del tránsito, porque en el verano más hubiera sufrido el calor del Purgatorio que el frío del hielo.

Desde la puerta de la cerca interior, arranca una ancha calle cuidadosamente empizarrada y orillada de soberbias coníferas: es la Vía Sacra, llamada así porque conduce al templo á cuya puerta termina. Por ella no se permite el tránsito más que á las personas. Hacia su último tercio, está la mo-

numental fuente de Santa Teresa, que merece descripción aparte.

La forma un gran pilón circular de piedra, en cuyo centro se eleva una gruesa pilastra que tiene cuatro águilas con las alas desplegadas, las que sostienen cuatro serafines que rodean un artillado castillo, sobre el cual está la imagen de Santa Teresa: ésta tiene á sus pies unas hidras enroscadas y cuatro querubines con cornucopias levantadas en alto é inclinadas como para que se mire en ella la Santa. Entre las hidras y los querubines, como asomándose para ver, salen otras cuatro cabecitas de unos niños ó angelitos que, como todas las figuras incluso los cañones del castillo, arrojan abundantes chorros de agua en primorosos y variados juegos.

Rodéanla unos macizos de flores con cipreses, y entre ella y la iglesia se hallan dos corpulentos árboles del amor y dos esbeltas y altas palmeras.

Al final de esta calle, por la que no se permite el paso á los mozos y dependientes del convento, ni á las personas que llevan asuntos, las cuales van por la calle Machera á la puerta de los Nogales para entenderse con el P. Procurador, se halla el templo.

Rodéanle en todo su perímetro unas anchas calles bien enlosadas que llaman *claustrós*, circuidas por los jardines y guarniciones de boj, las cuales no tienen más bóveda que el cielo, ni más sombras que las que le dan los corpulentos árboles de su contorno.

En medio se levanta la iglesia; austero, pobre y sencillo templo, desnudo de todo ornamento arquitectónico. El tiempo ha gastado la trabazón de sus piedras, que semejan de concha y cristal por las incrustaciones de varias sustancias minerales, y aparecen descarnadas como si pretendieran desasirse unas de otras. Desde lejos, en lo hondo del valle, sobre las tintas melancólicas del follaje de otoño, se ve descollar este rudo y sombrío edificio, que en el invierno socava sus paredes la multitud de arroyos que bajan de las montañas coronadas de nieve. Esto debe ser un espectáculo magnífico, porque mientras en las cimas reina el invierno, abajo en la vega se disfruta de una grata y apacible temperatura en medio de una exuberante vegetación.

La entrada está al oriente, formada por un arco ojival, encima del cual hay una grande hornacina con una imagen en

piedra de San José, de mayor tamaño que el natural, rematando en una espadaña ó campanil de dos ventanales con sus campanas.

Cuando no están en coro los religiosos, el más solemne silencio reina en el interior del templo, sólo interrumpido por las pisadas de los curiosos y el lejano rumor de las cascadas, mezclado al confuso de los árboles agitados por el viento.

Sobre el color blanquecino amarillento de su interior, algún rayo de sol desprendido al acaso desde la alta cúpula por sus altas ventanas con rejas y empolvados cristales, dibuja en la penumbra de las bóvedas mil sombras confusas, que cambian á cada instante de forma y de lugar, como si fuera danzas de seres fantásticos, únicos habitantes de aquel silencioso edificio.

La iglesia tiene su crucero y capillas: en el fondo está el altar mayor, pobre, severo, con un grandísimo cuadro con la imagen de San José, cuyo marco, como todo el altar, es de corcho delicadamente tallado; alrededor está el coro al nivel del piso, compuesto de toscas y pesadas sillas de brazos clavadas en la pared. En los brazos del crucero están los altares de la Virgen y Santa Ana, la primera á la izquierda y la segunda á la derecha, hechas sobre el mismo gusto y materia que el mayor.

En la nave de la izquierda cuatro capillas con altares dedicadas á San Alberto, el Espíritu Santo, San Angelo, mártir, San Andrés, apóstol, San Alejo, Eliseo, á la Anunciación y Presentación de Nuestra Señora y á Santa Eufrosina.

En la de la derecha está la sacristía, un oratorio llamado capilla de la Reina dedicado á la Sagrada Familia, y desde la cual oían la misa las personas reales, si alguna iba y los huéspedes del convento, y el lavador donde se lavan las manos los religiosos antes y después de celebrar.

Desde la sacristía se pasa al relicario en donde, entre otras reliquias, se veneraba una espina de la corona de Jesucristo, un trozo de la capa de San José, una cuchara de madera con que comía Santa Teresa engastada en plata, una muela de San Lorenzo, varias calaveras y huesos de venerables ermitaños del Desierto, muertos en olor de santidad, y la cabeza de Juana Hernández, la virtuosa doncella de Sequeros que profetizó la fundación del Santo Desierto con la de los conventos de franciscanos de San Martín del Castañar y domini-

cos de la Peña de Francia, de que ya hemos hablado anteriormente

Al pie del altar mayor hay dos puertas laterales, que dan acceso á una capilla que sirve de cementerio á los cenobitas, y de coro alto en algunos días de la estación lluviosa, por la mucha humedad que despide el suelo de la iglesia. En dicha capilla hay, en su único altar, una hermosa y venerable imagen del Crucificado, y á sus lados los cuerpos enteros de San Celso y Benedicta. En ella reina siempre un ambiente perfumado por la fragancia que exhalan los muchos cuerpos de santos eremitas allí sepultados.

Por una puerta al poniente, se sale á una corta calle sombreada por dos hileras de frondosos árboles que conduce al refectorio, separado del templo por pequeño espacio. Desde el techo al suelo, puertas y paredes, están forradas de planchas de corcho primorosamente talladas con menudez labores y delicados relieves: el techo era una obra maestra de paciencia.

Las dos largas mesas orilladas de sus respectivos bancos ocupan el centro; en el testero una gran cruz, á un lado el púlpito para la lectura durante la comida; todo, incluso la vajilla, eran ó estaban chapeadas de corcho, que si esta materia revelaba inusitada pobreza, sus labores en altos y bajos relieves no ocultaban cierto gusto artístico que el amor á la penitencia y al retiro, no habían podido sofocar completamente.

El refectorio se comunica con la cocina por un torno, por el cual servían la comida á los ermitaños los legos, de modo que no tenían trato con ninguna persona de las dedicadas á los cargos y oficios exteriores, aunque también fueran legos de la orden. La cocina, á su vez, tiene otra división, que es el comedor de los mozos y criados del convento, á los cuales el P. Mocero les pasaba la comida por otro torno análogo al del refectorio

J. VAZQUEZ DE PARGA.

C. de la R. Academia de San Fernando.

(Continuará).





LA CASA DE SANTA TERESA

Seguros de que no podríamos acompañar texto más hermoso y castizo á las fotografías que en este número publicamos de la casa de Santa Teresa, transcribimos lo que la Santa dice en el capítulo XIX del libro de las fundaciones, en que cuenta lo que le aconteció en aquella casa, que tan destartalada se la dejaron los estudiantes:



MUCHO me he divertido, porque cuando se me ofrece alguna cosa, que con la experiencia quiere el Señor que haya entendido, háceseme de mal no la advertir: podrá ser que lo que yo piense lo es, sea bueno. Siempre os informad, hijas, de quien tenga letras, que en éstas hallaréis el camino de la perfección con discreción y verdad. Esto han menester mucho las perladas, si quieren hacer bien su oficio, confesarse con letrados, y si no harán hartos borrones, pensando que es santidad, y aún procurar que sus monjas se confiesen con quien tenga letras.

Pues una víspera de Todos Santos, el año que queda dicho, á mediodía, llegamos á la ciudad de Salamanca. Desde una posada procuré saber de un buen hombre de allí, á quien tenía encomendado me tuviese desembarazada la casa, llamado Niculás Gutiérrez, harto siervo de Dios, que había ganado de su Majestad con su buena vida una paz y contento en los trabajos grande, que había tenido muchos, y vístose en gran prosperidad, y había quedado muy pobre, y llevábalo con tan-



Fachada de la casa llamada de Santa Teresa, en Salamanca.

ta alegría como la riqueza. Éste trabajó mucho en aquella fundación con harta devoción y voluntad. Como vino, díjome, que la casa no estaba desembarazada, que no había podido acabar con los estudiantes que saliesen de ella. Yo le dije lo que importaba que luego nos la diesen, antes que se entendiese que yo estaba en el lugar, que siempre andaba con miedo no hubiese algún estorbo, como tengo dicho. Él fué á cuya era la casa, y tanto trabajó, que se la desembarazaron aquella tarde: ya cuasi noche entramos en ella. Fué la primera que fundé sin poner el Santísimo Sacramento, porque yo no pensaba era tomar la posesión, si no se ponía; y había ya sabido que no importaba, que fué harto consuelo para mí, según había mal aparejo de los estudiantes (1): como no deben de tener esa curiosidad, estaba de suerte toda la casa, que no se trabajó poco aquella noche (2).

Otro día por la mañana se dijo la primera misa, y procuré que fuesen por más monjas, que habían de venir de Medina del Campo. Quedamos la noche de Todos Santos mi compañera y yo solas. Yo os digo, hermanas, que cuando se me acuerda el miedo de mi compañera, que era María del Sacramento, una monja de más edad que yo, harto sierva de Dios, que me da gana de reir. La casa era muy grande y desbaratada (3) y con muchos desvanes, y mi compañera no había de quitársele del pensamiento los estudiantes, pareciéndole, que como se habían enojado tanto de que salieron de la casa, que alguno se había escondido en ella: ellos lo pudieran muy bien hacer, según había adónde. Cerrámonos en una pieza donde estaba paja, que era lo primero que yo proveía para fundar

(1) Que (como no deven de tener essa curiosidad) estava de suerte. (*Br. Fop.*)
Que como no deben de tener essa curiosidad, estaba de suerte. (*M. Dob.*)

(2) Uno de aquellos estudiantes era nada menos que un futuro Obispo. En efecto, en el tomo 5.º del *Año Teresiano*, página 74, hay una carta muy curiosa de un Obispo de Barbastro, en que pidiendo la beatificación de Santa Teresa, dice lo siguiente: «Porque ha quarenta años, que estudiando yo en la Universidad de Salamanca, salí de la casa en que vivía, para que entrase en ella á fundar un monesterio de monjas».

Llamábase aquel Obispo D. Juan Moriz.

(3) Esta casa, que aún en el día se llama de Santa Teresa, está entre las parroquias de San Juan de Barbalos y la demolida de Santo Tomé. Está aún más sucia y desbaratada que en tiempo de Santa Teresa: para entrar en ella, hay que atravesar una de las *albercas* ó cloacas públicas al aire libre, que infestan aquella población.

la casa; porque teniéndolo, no nos faltaba cama: en ella dormimos esa noche con unas dos mantas que nos prestaron. Otro día unas monjas que estaban junto, que pensamos les pesara mucho, nos prestaron ropa para las compañeras que habían de venir, y nos enviaron limosna: llamábase Santa Isabel, y todo el tiempo que estuvimos en aquella casa nos hicieron harto buenas obras y limosnas (1). Como mi compañera se vió cerrada en aquella pieza, parece se sosegó algo cuanto á los estudiantes, aunque no hacía sino mirar á una parte y á otra, todavía con temores, y el demonio que la debía ayudar con representarla pensamientos de peligro para turbarme á mí, que con la flaqueza de corazón que tengo, poco me solía bastar. Yo la dije, ¿qué miraba, pues allí no podía entrar nadie? Díjome—Mãdre, estoy pensando, si ahora me muriese yo aquí, ¿qué haríades vos sola? Aquello, si fuera, me parecía recia cosa: hízome pensar un poco en ello, y aun haber miedo, porque siempre los cuerpos muertos, aunque yo no lo hé, me enflaquecen el corazón, aunque no esté sola. Y como el doblar de las campanas ayudaba, que como he dicho, era noche de las Animas, buen principio llevaba el demonio para hacernos perder el pensamiento con niñerías: cuando entiende que de él no se ha miedo, busca otros rodeos. Yo la dije—Hermana, de que eso sea, pensaré lo que he de hacer; ahora déjeme dormir. Como habíamos tenido dos noches malas, presto quitó el sueño los miedos. Otro día vinieron más monjas, con que se nos quitaron.

Estuvo el monesterio en esta casa cerca de tres años, y aún no me acuerdo si cuatro, que había poca memoria de él; porque me mandaron ir á la Encarnación de Ávila, que nunca, hasta dejar casa propia recogida y acomodada á mi querer, dejara ningún monesterio, ni le he dejado, que en esto me hacía Dios mucha merced, que en el trabajo gustaba ser la primera, y todas las cosas para su descanso y acomodamiento procuraba hasta las muy menudas, como si toda mi vida hubiera de vivir en aquella casa; y ansí me daba gran ale-

(1) Este monasterio de religiosas Terceras de San Francisco fué suprimido el año 1857 por estar muy ruinoso, y tener solamente cuatro monjas. Las había de este instituto en Béjar y en otros puntos del Obispado, y subsisten aún en Alba de Tormes, en cuyo convento se conserva todavía la celda donde se hospedó Santa Teresa cuando fué á fundar allá. Su traje es morado, en recuerdo de la púrpura de la reina Santa Isabel.

gría cuando quedaban muy bien. Sentía harto ver lo que estas hermanas padecieron aquí, aunque no de falta de mantenimiento, que de esto yo tenía cuidado, desde donde estaba, porque estaba muy desviada la casa para las limosnas, sino de poca salud, porque era húmeda y muy fría, que, como era tan grande, no se podía reparar; y lo peor, que no tenían Santísimo Sacramento, que para tanto encerramiento es harto desconsuelo. Este no tuvieron ellas, sino que todo lo llevaban con un contento, que era para alabar al Señor; y me decían algunas, que les parecía imperfección desear casa, que ellas estaban allí muy contentas, como tuvieran Santísimo Sacramento.

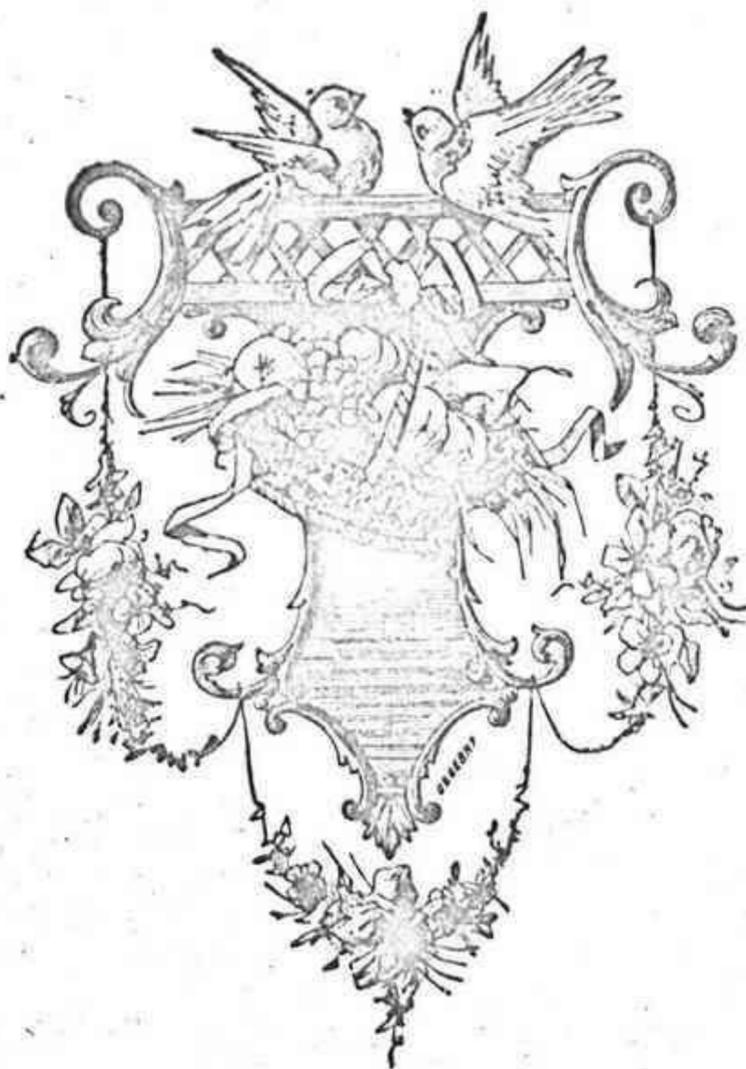
Pues visto el perlado su perfección, y el trabajo que pasaban, movido de lástima me mandó venir de la Encarnación: ellas se habían ya concertado con un caballero de allí, que les diese una, sino que era tal, que fué menester gastar más de mil ducados para entrar en ella. Era de mayorazgo, y él quedó que nos dejaría para pasar en ella, aunque no fuese traída la licencia del rey, y que bien podíamos subir paredes. Yo procuré que el padre Julián de Avila, que es el que he dicho andaba conmigo en estas fundaciones, y había ido conmigo, me acompañase, y vimos lá casa, para decir lo que se había de hacer, que la experiencia hacía que entendiese yo bien de estas cosas. Fuimos por Agosto, y con darse toda la priesa posible, se estuvieron hasta San Miguel, que es cuando allí se alquilan las casas, y aún no estaba bien acabada con mucho; mas como no habíamos alquilado en la que estábamos para otro año, tenía ya otro morador, y dábanos gran priesa. La ilesia estaba ya casi (1) acabada de enlucir. Aquel caballero que nos la había vendido, no estaba allí: algunas personas que nos querían bien, decían que hacíamos mal en irnos tan presto; mas adonde hay necesidad, puédense mal tomar los consejos, si no dan remedio. Pasámonos víspera de San Miguel, un poco antes que amaneciese: ya estaba publicado, que había de ser el día de San Miguel el que se pusiese el Santísimo Sacramento y el sermón que había de haber. Fué Nuestro Señor servido, que el día que nos pasamos por la tarde hizo una agua tan recia, que para traer las cosas que eran menester, se hacía con dificultad. La capilla habíase

(1) Quasi. (*M. Dob*).



Patio de la casa de Santa Teresa.

hecho nueva, y estaba tan mal tejada, que lo más de ella se llovía. Yo os digo, hijas, que me ví harto imperfecta aquel día: por estar ya divulgado, yo no sabía qué hacer, sino que me estaba deshaciendo, y dije á Nüestro Señor, casi quejándome—*Que ú no me mandase entender en estas obras, ú remediase aquella necesidad.* El buen hombre de Niculás Gutiérrez, con su igualdad, como si no hubiera nada, me decía muy mansamente, que no tuviese pena, que Dios lo remediaría. Y ansí fué, que el día de San Miguel, al tiempo de venir la gente, comenzó á hacer sol, que me hizo harta devoción, y ví cuán mejor había hecho aquel bendito en confiar de Nüestro Señor, que no yo con mi pena.





Delegado en Sevilla.—Con fecha 7 de Febrero envió al M. I. Sr. D. Gonzalo Sanz, Canónigo de Salamanca, el Rmo. Sr. Arzobispo de Sevilla, D. Enrique Almaraz, un oficio, según el cual nombra al M. I. Sr. D. Mariano Gómez Saucedo, Canónigo Penitenciario de aquella Santa Iglesia Metropolitana, delegado diocesano para colectar limosnas con destino á la Basílica de Santa Teresa que se construye en Alba de Tormes y fomentar las suscripciones á la revista propagadora de tan loable idea.

Es una muestra más de tantas y tan meritorias como lleva dadas aquel celosísimo Prelado del espíritu hondo y fervientemente teresiano que anima su sangre de pura castellana cepa. ¡A sus crecientes entusiasmos responda la Santa con crecientes bendiciones!

*
*
*

Hija adoptiva.—La Excma. Sra. Marquesa de Squilache, la que tantos y tan venturosos recuerdos fué dejando en su reciente venida á la villa de Alba de Tormes cuando se inauguraron las primeras capillas de la Basílica, ha sido declarada hija adoptiva de la histórica villa, según ya indicamos en otra ocasión. Con ese motivo, el ilustre Ayuntamiento ha nombrado una comisión que vaya á Madrid y presente á la egregia dama un artístico diploma, donde consta, debidamente autorizado, el acuerdo de la corporación municipal de Alba.

A las finezas del municipio de la villa sabrá corresponder la matrona linajuda con la generosa gratitud que constituye su historia y su carácter.



DONATIVOS PARA LAS OBRAS DE LA BASÍLICA EN ALBA DE TORMES

Pesetas Cént.

Del Ilmo. Sr. Obispo de Lystra, entregado por nuestro Rmo. Prelado.....	125	»
» » » » de Ciudadela de Menorca.....	66	»
Enviado por D. Joaquin Miralles, Delegado en Alcalá de Henares:		
De D. ^a Teresa Sanz, promovedora, por sí y su coro.....	21	60
» » María de las Nieves, íd. íd. íd.....	7	20
» La Comunidad de Siervas de María.....	12	»
» D. ^a María de la Gloria de Sotto.....	12	»
» Las Carmelitas Descalzas de la Imagen.....	5	»
Del Sr. Capellán D. J. M.....	2	20
De D. ^a Luisa La Vergue (q. e. p. d.).....	1	»
Enviado por los PP. Carmelitas de Burgos:		
Del Excmo. Sr. Arzobispo.....	50	»
De D. ^a Salvadora Pérez.....	42	60
» D. Jesús Vedoia.....	5	»
» D. ^a Victorina Manzanedo.....	13	20
» » Filomena Martín.....	58	50
Enviado por D. Isidoro López, Delegado de Palencia:		
D. Deogracias I. Casanueva, Deán de la Santa Iglesia Catedral....	15	»
» Guillermo A. Gutiérrez, Beneficiado de íd. y vicesecretario....	10	»
» Gerardo Iñigo, Párroco de Población de Campos.....	4	»
» Policarpo García, Coadjutor de Peñafiel.....	5	»
» Joaquín Abad, Párroco de Cevico de la Torre.....	6	»
» Daniel Heredia, íd. de Baltanas.....	3	»
» Daniel Paredes, Ecónomo de San Cebrián de Campos.....	8	»
» Sabas María de Castro, Párroco de Cervatos.....	5	»
Asociación del Rosario Perpétuo, Centro de Palencia.....	30	»
» de Hijas de María, de Palencia.....	20	»
Apostolado de la Oración, de íd.....	9	90
Archicofradía del Sagrado Corazón de María, de Rioseco.....	6	»
Cofradía de la Marinera, de íd.....	2	»
De la parroquia de Villanueva de San Mancio.....	35	»
» Villavega de Micieces.....	20	»
» Lebanza.....	8	40
» Piñel de Abajo.....	7	80
» Quintanilla de Arriba.....	17	»
» Varios pueblos.....	14	45
D. Isidoro López, delegado teresiano.....	5	»
De las MM. Carmelitas de Peñaranda.....	2	»
Enviado por Fr. Jesús Delgado, delegado en Llanes:		
De la señorita Eloísa Mantilla, por su coro.....	24	»
» » Amparo Mantilla, por íd. íd.....	17	50

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, á cargo de Manuel P. Criado.